



# La mujer lectora en el imaginario romántico : proyecciones y debates en Argentina

Autor:

Batticuore, Graciela

Revista

Mora

2005, N° 11, pp. 39-58



Artículo





## La mujer lectora en el imaginario romántico. Proyecciones y debates en Argentina<sup>1</sup>

Graciela Batticuore\*



### RESUMEN

Este artículo analiza problemáticas vinculadas a la constitución del público en la Argentina de mediados del siglo XIX, considerando las representaciones y las prácticas de la lectura. En el discurso de los intelectuales románticos el público emerge como una instancia conflictiva: a menudo de existencia incierta o bien indiferente a la prédica de los escritores que esperan adocinarlo en las "nuevas modas" culturales y políticas del momento. En ese marco surge la reflexión y el entusiasmo por la figura de la "lectora romántica", la cual se presenta como modelo deseable de una sociedad republicana, civilizada y democrática. Así lo evidencian los artículos de Alberdi y Sarmiento en los años 40 y 50, en semanarios como *La Moda* (Buenos Aires), *El Iniciador* (Montevideo) o *El Progreso*, *El Nacional* y *El Mercurio* (de Chile), los cuales sirven de fuentes para el análisis y la profundización de estas cuestiones. Al mismo tiempo, este artículo intenta definir también cuáles eran los autores y los libros consumidos (y discutidos) por la elite intelectual porteña -antes y durante la coyuntura del rosismo-, prestando una particular atención a la circulación y el auge de la novela de corte historicista, género considerado propicio y recomendable para las mujeres.

Palabras clave: lectura, público americano, lectoras, nación, Argentina siglo XIX.

### ABSTRACT

This article analyzes problems related with the formation of a public in mid-nineteenth century Argentina, taking into account representations and reading practices. In the discourse of the romantic intellectuals the public emerges as a conflictive question: of uncertain existence or rather indifferent to the preachings of the writers who expected to indoctrinate them in the "new trends" of the cultural and political spheres of those times. In this context there is an emergence of a reflexive and enthusiastic interest in the "romantic feminine reader", which presents herself as a desirable model for a republican, civilized and democratic society. This is evidenced in the articles of Alberdi and Sarmiento in the years 40 and 50, in weekly's such as *La Moda*, *El Iniciador*, *El Progreso*, *El Nacional* y *El*

<sup>1</sup> Este artículo forma parte de una capítulo más extenso, titulado: "Sueños y dilemas de la generación romántica. Lecturas, lectores y lectoras entre 1830 y 1840" en: *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina romántica. 1830-1870*, Buenos Aires, Edhasa, en prensa.

\* Universidad de Buenos Aires-CONICET. Instituto de Literatura Hispanoamericana. Miembro del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género.

Mercurio, which are all useful sources for a serious analysis of these matters. At the same time, the present article also attempts to define which were the authors and the books most read (and discussed) by the intellectual porteño elite -during the context of the rosista period-, paying particular attention to the circulation and rise of the historic novel, a genre that was considered both appropriate and advisable for women.

Key words: reading, american public, women readers, nation, XIX century Argentine.

### Del pueblo al público: las lectoras

En el otoño de 1838, Juan Bautista Alberdi, miembro de la "joven generación del 37" y más tarde célebre autor de las *Bases y otros puntos de partida para la Constitución nacional*, publica en el semanario porteño *La Moda* un artículo en el que pone de manifiesto sus ideas acerca del republicanismo y la democracia. Para ilustrar con elocuencia sus propuestas es que traza el bosquejo de lo que él denomina un "pueblo en miniatura": esto es, un pueblo (el argentino) que estaría formado por cuatro figuras o tipos sociales que lo representan. "Tenderos", "zapateros", "artesanos" y "mujeres" integran esa muchedumbre que según Alberdi ostenta "la ignorancia como único título de soberanía e infalibilidad" y se contraponen al otro sector más preparado de la sociedad entre el cual se ubica él mismo: la minoría culta de la elite (Alberdi, 1838d). Me interesa deteneme – tal como lo hace el propio artículo de Alberdi – en la caracterización del primero de estos dos grupos sociales. En principio hay que decir que desde la perspectiva de Alberdi no hace falta ser propiamente un iletrado para formar parte de aquella franja a la que el escritor reconoce y califica como "la masa", "el cuerpo" de la sociedad (en contraposición con la cabeza, la inteligencia que guía al cuerpo). Porque de ella emerge toda una gama de individuos, hombres y mujeres que participan de la sociabilidad cultural de la época: asisten a los bailes, visitan los teatros, frecuentan las tertulias, a veces leen los diarios y practican la conversación con una destreza razonable. Pero, al decir de Alberdi, constituyen una amenaza latente contra la república, porque cultivan una moral ligada a las costumbres virreinales.

La ironía es el recurso elegido por el cronista para condenar a ese *falso público* que a menudo lee sin comprender, escucha sin aprender y se empeña en seguir hablando el idioma de las cotorras:

*"Las costumbres literarias del loro y de la cotorra, siguen las mismas que en tiempo del Rey. En vano ha habido una revolución Americana: el loro, como si fuese bizcaño de nación, no ha querido entrar en la revolución. Todavía sigue con: lorito real, para España y no para Portugal. (...) Yo no sé de donde sale el empeño de no dejar que el loro sea republicano, como si para esto, fuese necesario entender lo que se habla."* (Alberdi, 1837a)

Entre metáforas crípticas y finas ironías, el reclamo que aquí se plantea es extremo: si el pueblo o la masa no está en condiciones de compartir con los letrados (el verdadero público) una reflexión útil sobre la vida republicana, entonces debería

al menos imitar sus gestos y seguir la moda que ellos intentan imponer, en lugar de aferrarse a las viejas tradiciones prerrevolucionarias. El reclamo es extremo e instala una paradoja, porque para comenzar a transitar el camino de la democracia, el escritor no exhorta a los lectores al ejercicio de la libertad de elecciones y preferencias individuales (que celebra para sí mismo) sino que les pide *obediencia* y *acatamiento* indiscutible a los hábitos y las reglas nuevas que necesita la vida independiente.

Pero más allá de este párrafo crispado, cargado de enojo y resentimiento, en *La Moda* el discurso de Alberdi se balancea entre la intención de reformar al pueblo a través de un *arte instructivo* que sancione los vicios y prescriba modelos y comportamientos a imitar, y el impulso por *demostrar* a quienes se resisten a entender el nuevo lenguaje con el cual procuran ilustrarlos estos cronistas. Es así que el tono apelativo es reemplazado a menudo por una provocación desafiante y muy cercana a la injuria. Como si el escritor quisiera sacudir a los lectores, vapulearlos, tocarlos en su amor propio para moverlos a la lectura pero también para quejarse de lo que considera una diferencia (una incompreensión) insalvable entre unos y otros: "escribir en *La Moda* es predicar en desiertos. Porque nadie lee", acusa el cronista desde uno de los artículos más desafiantes del semanario, donde cuestiona la capacidad e incluso la necesidad de que este pueblo sea educado, aunque concluye al menos momentáneamente con una pedagogía por decreto: "debe escribirse para ellos sin hacer caso de lo que digan" (Alberdi, 1838c). La de Alberdi en *La Moda* sería, en todo caso, una pedagogía de la urgencia. Pero tan cargada de molestias e incomodidades que no logra ser consecuente ni eficaz: el escritor se queda solo y aislado con su queja. Podría decirse entonces que más que el intento de educar al pueblo, estos artículos dan cuenta de su *necesidad* desesperada y, a la vez, del *desgano* que le produce la tarea. Por eso Alberdi cultiva hacia el público (que como lo ha hecho notar Adolfo Prieto es para él una entidad ambigua: deseada pero inexistente) una ironía exasperada y filosófica, y no un discurso llano y pedagógico, capaz de llegar al corazón y el entendimiento de un pueblo inculto, tal como lo piden Gutiérrez o Frías y lo busca Sarmiento un poco más tarde, desde las páginas de *El Progreso de Chile*<sup>4</sup>. En todo caso, habría que decir que Alberdi coincide con Frías en la necesidad de educar al pueblo pero está en el otro extremo en cuanto a los métodos: escribir *para que repitan*, no para que comprendan, sería su consigna<sup>5</sup>.

<sup>2</sup> Sobre el público en Alberdi y Sarmiento, véase Prieto, Adolfo, "Sarmiento: casting the reader, 1839-1845", Tulio Halperín Donghi- Iván Jaksic- Gevni Kirkpatrick- Francine Masiello. *Sarmiento. Author of a Nation*, Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press, págs. 260-271.

<sup>5</sup> Frías pide a sus compañeros un esfuerzo didáctico en bien del pueblo, sugiriendo que utilicen en sus escritos un lenguaje llano y comprensible, que atraiga a los lectores y escuchas y a la vez les enseñe cuanto necesita aprender. De hecho, así se expresa al respecto en las páginas de *El Iniciador*: "la razón del pueblo es más racional que la razón filosófica. (...) Diremos solamente que si fuera necesario los poetas deben *sacrificar su fama literaria a su fama civil*. Que el pueblo que lee no es literato y ante todo pide que se hable claro", en "La poesía nacional", *El Iniciador*. Reproducción facsimilar, Academia Nacional de la Historia, Guillermo Kraft Ltda, Buenos Aires, 1941, pág. 222 (el subrayado es mío).

Ya en el exilio, Alberdi demuestra claramente no estar tan convencido como otros de sus contemporáneos de la necesidad de sacrificar el estilo en pos de la comprensión y menos de la prerrogativa de educar al pueblo con palabras. Para él existe otro lenguaje más efectivo y adecuado que las masas pueden aprender y que se adquiere en el ejercicio del trabajo productivo. En las *Bases* cuestiona el camino trazado por Belgrano, Bolívar, Egaña y Rivadavia, en relación con la educación popular:

*"De qué sirvió al hombre del pueblo el saber leer? De motivo para verse ingerido como instrumento en la gestión de la vida política que no conocía; para instruirse en el veneno de la prensa electoral, que contamina y destruye en vez de ilustrar; para leer insultos, injurias, sofismas y proclamas de incendio, lo único que pica y estimula su curiosidad inculta y grosera" (Alberdi, 1998: 52).*

Definitivamente a contramano del esfuerzo que por esos días propone Frías a sus contemporáneos (escribir un arte para el pueblo; "hablarle claro"), en 1851 Alberdi divide tajantemente las aguas entre el *pueblo* y el *público*. Y si en las páginas de *La Moda* leer y escribir constituían una marca distintiva de la dinámica republicana, un instrumento esencial para la conversión de las masas ignorantes en fuerzas productivas, un motivo para que el escritor se esforzara en la causa de ganar al pueblo contra el enemigo; en las *Bases* las oscilaciones entre el deseo y la desconfianza de lograr un pueblo educado se disipan y la exclusión se radicaliza: la lectura popular emerge entonces como un elemento innecesario, más bien improductivo y peligroso.

Apelando a Rousseau, Alberdi marca una frontera entre dos términos aparentemente cercanos: instruir y educar. Entre ambas alternativas, al pueblo le toca la segunda: debe ser acreedor de una "educación de las cosas", una educación "útil", reductible; esto es, encausada hacia las "artes de aplicación" (: 53). Si el pueblo colabora en la fundación de la moral, el bienestar, la riqueza y la libertad republicanas debe hacerlo estrictamente a través de sus "hábitos laboriosos". Puesto que "la industria es el gran medio de moralización" (: 54), afirma Alberdi, el pueblo debe ser educado en el *lenguaje de las costumbres* más que en la retórica de los libros.

Es aquí donde las mujeres comienzan a recortarse al menos un poco de aquel pequeño pueblo de tenderos, pulperos, artesanos y zapateros junto a los cuales Alberdi las ubica. A diferencia de todos ellos las mujeres sí deben recibir una cierta instrucción, porque en su escuela se nutren, crecen y se modelan los hombres cultos y también los trabajadores. La mujer es el "artífice modesto y poderoso que, desde su rincón, hace las costumbres privadas y públicas, organiza la familia, prepara el ciudadano y echa las bases del Estado" (: 54), afirma Alberdi en las *Bases*. Con más o menos énfasis que otros contemporáneos suyos asume así una sentencia de época: es preciso educar a las mujeres porque ellas son la llave de cambio de la sociedad. Para que las mujeres se conviertan entonces de enemigas en aliadas de la república, no sólo Alberdi sino la prensa romántica en general despliega un ferviente llamado a las lectoras, intenta formarlas y adoctrinarlas en su credo desde las páginas de los semanarios, procurando *hacerlas pasar del pueblo al público* para que ellas sean cómplices, interlocutoras, colaboradoras de la nueva causa revolucionaria y fervientes partidarias de los ideales republicanos.

## Una lectura redituable

En la prensa y la literatura del período romántico la figura de la lectora constituye un tópico recurrente y casi siempre vinculado con la preocupación relativa a la educación de las mujeres. Cómo llevarla a cabo, por qué y en qué manos depositarla son algunas preguntas que recorren los escritos de la época, abriendo una variada gama de respuestas y opiniones entre los interesados. En lo que atañe a la perspectiva de Alberdi, puede decirse que los motivos y los límites de la educación femenina alentada por él son eminentemente prácticos: se ajustan a las necesidades básicas de la nación emergente, sin detenerse demasiado en una consideración más profunda acerca de los derechos de la mujer, que en este momento y a lo largo del siglo XIX encienden reflexiones, debates y polémicas en Europa y América Latina<sup>4</sup>. Como muchos de sus contemporáneos, Alberdi es sensible al espíritu de la época y reconoce que la civilización tiene con ellas una deuda de emancipación, pero considera (también como muchos otros) que todavía no están preparadas para adquirirla. La libertad intelectual y social de la mujer constituye, en todo caso, una promesa para el futuro, que irá alcanzándose a través de una educación gradual y progresiva<sup>5</sup>.



<sup>4</sup> En verdad, las polémicas se inician en el siglo XVIII en torno a la Revolución Francesa. Y tienen su momento de mayor despliegue a comienzos del XIX. Citemos por ejemplo la de Mary Wollstonecraft con Rousseau, a propósito del *Emilio*, expresada en *Vindicación de los derechos de los derechos de la mujer*. O bien la in-resantísima querrela de Sylvain Maréchal con Mme. A.J. Gacon-Dufour y Mme C.ément-Hémery, a propósito del *Proyecto de una ley que prohiba aprender a leer a las mujeres* y de la cual ha dado cuenta el excelente trabajo de Geneviève Fraisse en el primer capítulo de *Musa de la razón. La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*, Cátedra, Madrid, 1989. También sobre estos temas: Condorcet, De Gouges, De Lambert y otros, *La ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII*, edición de Alicia H. Puleo; presentación de Celia Amorós, Antropos, Barcelona, 1993.

<sup>5</sup> "Llegará un día en que las mujeres pasen al otro lado del mostrador, como han hecho en Europa. Algún día escaparán de la abyección en que las ha dejado la tiranía española: ellas deben estar todavía poco agradecidas a la libertad: nada le deben aún. Se ha gritado emancipación: la hemos obtenido nosotros, pero ellas siguen en tutela. Es preciso prepararles su libertad por medio de un sistema de educación adecuado y sabio. Una emancipación súbita y brusca las precipitará en la licencia. (...) La mujer es un elemento del pueblo, y sus costumbres no son insignificantes en la constitución de este. Pero antes de ser ciudadana, puede ser mujer. La mujer es niña nada más entre nosotros. No es de ella misma; no tiene personalidad social. Es una faz de la madre o del marido: es la madre o el marido visto de otro aspecto. Es algo cuando ya no es nada. Puede disponer de sí, cuando ya nadie quiere disponer de ella. La dejan los padres, cuando la deja el mundo. Y no entra en los brazos de la libertad, sino cuando la ha abandonado la belleza, como si estas dos deidades fuesen rivales: siendo así que de su armonía, que algún día será encontrada a la luz de la filosofía, depende toda la felicidad de la mujer".

---

Es por eso que para Alberdi la mujer ilustrada se presenta sobre todo como un modelo excepcional, capaz de merecer el elogio e incluso la admiración cuando se cruza en su camino: así lo demuestra su amistad con Mariquita Sánchez o bien el recuerdo gozoso de los días en que asistía a las tertulias de las hermanas Matheu hacia 1837, antes del exilio. Pero en un país donde la república es todavía demasiado joven e inestable, la instrucción femenina "no debe ser brillante" (Alberdi, 1998: 54). Tal como Alberdi la imagina en las *Bases*, la mujer republicana no proyecta sobre el presente inmediato la igualdad con el hombre, ni siquiera en el plano intelectual. Y por lo tanto, su educación debe encausarse hacia el fortalecimiento de una complementariedad de roles y funciones distribuidas entre los cónyuges de acuerdo a su género sexual. En principio, esa complementariedad evoca, aunque agglomeradas, reminiscencias rousseaunianas: la "mujer laboriosa" que con su trabajo diario "hermosea el hogar doméstico" y "no tiene tiempo de perderse, ni gusto de disiparse en vanas reuniones" (: 55) es el modelo acuñado por Alberdi y el puerto seguro hacia el que tiene que orientarse la instrucción femenina. Pero ese aprendizaje no debe colocarse por completo al cuidado del esposo, ni entregarse a su continua complacencia - como propone Rousseau con Sofía. Porque si bien la misión de las mujeres es hacer de la casa "un Edén" para quienes la habitan, en el universo imaginario de Alberdi el paraíso familiar se edifica con la participación activa de la mujer en favor de los intereses económicos y el crecimiento productivo del hogar. Este efecto *útil, redituable* de la instrucción femenina constituye el aspecto fundamental de su propuesta:

*"cada casa de familia es una prueba práctica de esta verdad. Toda la economía de su gobierno interior, siempre complicado, aunque pequeño, está encomendada al simple buen sentido de la mujer, que muchas veces rectifica también las determinaciones del padre de familia en el alto gobierno de la casa"* (Alberdi, 1998: 196).

La casa es una pequeña maquinaria que necesita de una mujer educada para hacerla funcionar correctamente. Aplicada a la crianza y formación de los hijos, a la colaboración con su esposo y también a la economía hogareña, su *buen sentido* construye el porvenir de la familia, la sociedad y la república. En *La Moda*, un artículo

---

Así se expresaba Alberdi en las páginas de *El Iniciador* algunos años antes de escribir las *Bases*, donde - como hemos señalado - su perspectiva sobre la educación del pueblo en general y el rol social de la mujer en particular se endurece en función de las prerrogativas "prácticas" ("Sociabilidad. Costumbres") *El Iniciador*. Reproducción facsimilar. Academia Nacional de la Historia, Guillermo Kraft Ltda, Buenos Aires, 1941, p.255. Cabe señalar, por otra parte, que estos argumentos persisten a lo largo del siglo XIX y resurgen no sólo en Argentina sino en el resto de América Latina, cada vez que emerge el debate sobre educación de la mujer. Me referido con detenimiento a esta cuestión en: "Las trampas de la igualdad, el juego de las influencias. Sobre mujer y educación en el Perú republicano" en *El taller de la escritora. Voladas Literarias de Juana Manuela Gorriti (1876/7-1892)*. Rosario, Beatriz Viterbo, 1999.

extraído de las páginas de Saint Simon parecía ya ilustrar la propuesta. "Retrato moral de una niña" es el título del artículo en cuestión, donde el padre de una muchacha explica a su pretendiente de origen noble porqué su hija no le conviene:

*"Mi hija tiene sin dudas algunas cualidades; pero desgraciadamente, sus habilidades son del todo comerciales, del todo industriales, del todo plebeyas. Tiene talentos amables, yo conengo, tiene belleza, juventud, gracia, pero vigila como una ama en los cuidados de mi casa; sabe el inglés, y habla agradablemente el italiano, pero... recibe comúnmente mi correo, y trabaja en mi correspondencia; baila con toda la gracia imaginable, pero... se sienta algunas veces en mi escritorio; en una palabra, todas sus habilidades son laboriosas y modestas" (Alberdi, 1838c)*

Los hábitos sencillos de esta muchacha adscripta al "pueblo" incluyen el manejo diestro de la lectura y la escritura. No sabemos si, tal como lo reclaman otros artículos del semanario, ella ha leído, además, algunas novelas románticas o si es capaz de mantener una conversación interesante y variada con los compañeros de una tertulia. Pero es seguro que ayudando a regular la dinámica productiva de la vida doméstica contribuye de manera decisiva al bienestar y la felicidad de los suyos. En esta y otras imágenes propuestas por *La Moda* y reforzadas posteriormente en los escritos de Alberdi, la *virtud* femenina está directamente relacionada con el buen desempeño en la economía del hogar. Por eso, aunque las páginas del semanario despliegan reflexiones sobre libros y autores e incluso aconsejan incorporar a la casa una pequeña biblioteca munida de literatura romántica, la lectora imaginada e invocada por Alberdi es sobre todo *una mujer laboriosa y bogarena*: la mujer de la plebe y no la dama de salón que se mueve entre un público de elegidos y cuya procedencia social le depara una educación privilegiada<sup>11</sup>.

### ¿Mujeres emancipadas?

En lo que se refiere al debate sobre la incorporación social de la mujer, no sólo Alberdi sino también Sarmiento y los demás miembros de la generación del 37 rescatan del sansimonismo la ilusión de una mujer ilustrada y comprometida en bien del progreso, dejando de lado las propuestas radicales que proclaman su completa emancipación.

Como lo ha señalado Elizabeth Garrels, este rechazo se explica en la oposición de los románticos argentinos a las posturas extremas de los discípulos franceses de San Simón, que como es el caso de Enfantin, defendían la igualdad de las mujeres y con ella "la demanda de una nueva moral sexual, considerada por muchos como promiscua" (Garrels, 1994: 275). Y efectivamente, proclamado *Père Supreme* por sus seguidores, Barthélemy Prosper Enfantine defendió la moralidad del "amor libre" contra la "tiranía del matrimonio" y se autodesignó jefe y maestro de una nueva religión que sostenía la existencia de una "Mesías- Hembra", capaz de salvar la sociedad. Tanto Alberdi como Sarmiento se apartan de manera explícita de tales propuestas cuando, por ejemplo, a comienzos de la década del 40 el primero de ellos afirma lo siguiente: "nuestra época ha visto caer en medio de silbos del público las comedias que quisieron representar Enfantin y los Sansimonianos y debe

exponerse temerariamente a nuestras burlas" (Sarmiento, 1841). Bajo este tipo de declaraciones el autor no sólo abomina las propuestas morales de Infantín sino que también toma distancia de otro reclamo para él insostenible que tiene lugar en la prensa europea de comienzos de siglo: se trata de la incorporación de la mujer a la vida política. También contra esto se pronuncia explícitamente Sarmiento:

*"En las Cámaras Francesas se proponen y adoptan medidas para vigorizar la educación pública de la mujer como la del hombre y en Inglaterra hay quien anuncie sin reírse, la idea de agregar a la representación nacional una tercera cámara compuesta de mujeres. La filosofía y en fin el espíritu inquieto de progreso se ensaya con San Simón a romper con todas las tradiciones morales e intenta emancipar de un solo golpe la mujer de toda dependencia del hombre" (Sarmiento, 1841)*

El párrafo se inscribe en el marco de un artículo publicado en agosto de 1841 en Santiago de Chile, donde el autor intenta ilustrar el estado de progreso al que ha llegado en Europa el debate sobre la educación femenina. Pero si bien Sarmiento es y será en el Río de la Plata uno de los más fervientes y constantes defensores de la educación, como puede verse aquí su intención no es en modo alguno importar los reclamos de emancipación política para la mujer que se agitan en las grandes capitales europeas sino únicamente vehiculizar a través de su ejemplo una "mejora intelectual y moral" que pueda adaptarse a las necesidades intrínsecas de la sociedad rioplatense. Sarmiento es claro al señalar que el grado de avance en esa mejora debe *adecuarse* a las necesidades propias de cada época y de cada sociedad, más allá de los fines últimos que orientan estos cambios parciales. Por eso aun cuando se entusiasma frente a la libertad de la que gozan las mujeres norteamericanas, no pierde de vista que su situación no es inmediatamente trasladable al contexto argentino y americano. Allí "reina en los salones la misma libertad, y es cosa rara que la madre se entrometa en la conversación de su hija quien recibe en su casa a quien le agrade, da sola sus audiencias, y admite algunas veces jóvenes que ha visto en otras partes y cuyos padres no le son conocidos. Obrando así no obra mal, *sin embargo, estas son las costumbres de su país*. Mas para gozar sin inconvenientes es preciso estar bien preparado para ello, y la moralidad de las mujeres norteamericanas está sostenida por una educación grave y religiosa; la niña recibe muy temprano la revelación de las emboscadas que le aguardan en la sociedad" (: 1841), propone Sarmiento. Como vemos, si bien por estos años exalta la educación de la mujeres, Sarmiento es extremadamente cuidadoso en lo que respecta a su emancipación.

Enraizadas en la historia social y política de cada país, son las costumbres morales de los pueblos las que deciden, habilitan y garantizan la libertad de acción de las mujeres. Sin dudas Alberdi, que desde *La moda* primero y luego desde *El Iniciador* había llamado la atención sobre el carácter libre de la sociedad norteamericana, coincidiría con esta perspectiva de Sarmiento que rehusa implantar "de un sólo golpe" en las mujeres rioplatenses esa clase de libertad de la que gozan las norteamericanas por fuerza de costumbre. En todo caso, podría decirse que del párrafo citado se desprende más bien un lema implícito pero consensuado entre los hombres del 37: el grado de *emancipación* otorgada a las mujeres debe ser directamente proporcional a la *educación moral* que reciben, no sólo a través de

los libros sino también, y sobre todo, por medio de los hábitos que rigen el ambiente social y familiar al que ellas pertenecen. Renovar las costumbres cotidianas de las mujeres (más que ilustrarlas como sabias) constituye pues, para Sarmiento como para Alberdi y la mayoría de los jóvenes de la generación romántica, una premisa fundamental que cada uno de ellos a su manera intentará llevar a cabo a través de la prensa.

Por eso, aunque también Sarmiento se tienta frente al modelo de la mujer letrada, capaz de incidir directamente por medio de la palabra oral o del escrito en el terreno de la vida política y cuyo mejor exponente se encarna en la celebrada figura de Mme de Staël, inmediatamente conjura el modelo a la *excepción*. Es decir, lo reconoce como una promesa o una ilusión para el futuro pero no como un ejemplo a imitar en el presente. Al menos en estos escritos de los años 40, la posición de Sarmiento coincide plenamente con las opiniones de Alberdi al respecto. Para ambos, la lectura femenina debe ser *controlada* y sobre todo *encausada* hacia el establecimiento de una moral republicana, básicamente formadora de madres buenas, trabajadoras y con sensibilidad cívica.

Las diferencias entre Sarmiento y Alberdi se harán sentir más bien hacia fines de la década del 40 (después del viaje de Sarmiento a Estados Unidos) y más aún tras la caída de Rosas, cuando el primero empiece a concebir a las mujeres como fuerza productiva no sólo dentro sino también *fuera* del hogar: como maestra en las aulas y como artesanas, artistas e incluso como obreras trabajadoras que pueden suplir a menor costo la labor de muchos operarios, mientras Alberdi continúa circunscribiendo la actuación de las mujeres al *interior* de la vida doméstica<sup>6</sup>. Pero

<sup>6</sup> El cambio es paulatino en Sarmiento y está fuertemente influenciado por la impresión que le produce la presencia femenina en el ámbito laboral norteamericano, así como por los diálogos con Horace y Mary Mann respecto de la cultura y la educación en general y más tarde, también, por la colaboración ferviente de Juana Manso (me detengo en esto último en el capítulo 2). Por eso en *Educación Popular* (1849, escrito como informe oficial para el gobierno chileno tras su viaje a Europa, Africa y Estados Unidos, pero donde recoge también los trabajos y artículos parciales sobre educación que habían visto la luz años antes en la prensa chilena) deja ver bien esa creciente simpatía por la presencia femenina en la vida pública. El siguiente párrafo resulta elocuente en este sentido: "Sin conocer todavía los detalles reglamentarios con que tomará base y asiento la Sociedad Benéfica de Señoras, estamos seguros que sus cuidados tendrán por único fin *educar obreras artesanas*; sin que por esto pensemos estas palabras tendrán respecto de la educación que ellas produzcan, un seco sentido que hasta aquí han llevado entre nosotros.

De suerte que muy pocos años el país, dotado de una porción considerable de niñas trabajadoras, artesanas, artistas muchas de ellas, que *serán capaces de labrar su bienestar por sí solas* y propender al adelanto general, cosa de que hasta hemos visto privadas a nuestras mujeres, que estén dotadas de la facultad de resolver todos los problemas que puedan ofrecerse a un individuo de nuestro siglo, esto es de *ganar dinero*, lo cual basta por sí sólo para que haya quien no conciba la *inmensa revolución que este solo hecho puede producir* en una de las instituciones

---

durante los años del exilio, ambos coinciden en que ellas no pueden ni deben leer cualquier cosa. Y aunque las urgencias de la vida política no siempre deja tiempo para llevar adelante la empresa, se piensa en renovar la moral femenina a través de una educación especialmente programada para ellas. Y, de ser posible, mediante la creación de una biblioteca escogida y selectiva, exclusivamente diseñada para las mujeres, aunque en la urgencia de la coyuntura política que atraviesan esta tarea no llega a dar sino sus primeros pasos.

### Libros y lecturas

Aunque Alberdi no se ocupa especialmente del caso, las páginas de *La Moda* se encargan de apuntar, para su público en general, una serie de lecturas románticas que parecen destinadas también a las lectoras: Walter Scott, Víctor Hugo, Vigny, Saint Beuve se encuentran entre los recomendados para brindar a todos aquéllos que no se dedican a las profesiones intelectuales una mínima y necesaria educación literaria. Según los colaboradores del semanario porteño, estos autores podrían conjurar los efectos nocivos de la "mala literatura". Se trata de que los lectores no "pierdan su tiempo de ocio leyendo si lo hacen, novelas inmorales, vacías o ridículas—como el Hijo del Carnaval, la Abadesa, el Solitario, el Renegado y tanta otra que, como esas, no sirven sino para exuraviar la razón y el gusto, y por hacerlos incapaces hasta de leer dos páginas seguidas, no sólo de un libro serio y útil, sino también de un buen romance", afirma *La moda* en su número diecinueve (Alberdi, 1838e).

Pero ¿cuál es la presencia concreta de este tipo de literatura entre el público porteño de la época? Charles Victor Prevot, vizconde de Arlincourt, es el desdenado autor de *El Solitario* (París, 1823) y *El Renegado* (París, 1823; Madrid, 1825), dos de las novelas populares francesas de comienzos de siglo más traducidas a otras lenguas y también más consumidas en Buenos Aires. Alejandro Parada las incluye en una serie más amplia, de obras destinadas probablemente a "lectores poco ilustrados" o bien inclinados a buscar en la lectura un mero entretenimiento y recreación, más que a pensarla como un vehículo de aprendizaje o distinción social<sup>7</sup>. Además de los títulos de Prevot, Parada introduce en este listado a otros escritores también muy leídos en Buenos Aires, a los que *La Moda* no menciona particularmente pero que

---

más notables y significativas de nuestra época y que puede decirse es por sí sola el eje de nuestras costumbres privadas" (1849: 215). Contra las suposiciones de Sarmiento, la educación que la Sociedad de Beneficencia planea por entonces para sus alumnas no tiene como requisito fundamental su formación para desempeñarse "como obreras" en el ámbito de la vida social extrahogarera, lo cual motivará más tarde los ataques de Sarmiento contra dicha institución.

Parada, Alejandro E., *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia. Una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*, Universidad de Buenos Aires- Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Buenos Aires, 1998.

debieron gozar de igual descrédito entre sus redactores. Son ellos: Charles Antoine Guillaume Pigault de L'Épinay, autor de una novela prohibida en España por impía y que circula en la ciudad porteña junto con otras del mismo autor (*El Ciudadano histórico o sea la liga de los nobles y de los sacerdotes contra los pueblos y los reyes*, 1822); o bien Charles Paul de Kock (*Le barbier de Paris*, 1826); o Jean Baptiste Louvet de Couvray (*Aventuras del Baroncito de Faublas*, París, 1820), también Ann Ward Radcliffe, la conocida escritora de literatura gótica, cuyos libros también se leen en la ciudad porteña (*El sepulcro*, París, 1825 y *El confesionario de los penitentes negros*, Madrid, 1821), para nombrar sólo algunos. En este sentido, es importante tener en cuenta la enorme circulación de libros extranjeros que precede (y acompaña) en Argentina la oleada romántica de los autores evocados por Alberdi o Echeverría en sus escritos autobiográficos. Como lo ha demostrado la crítica y la investigación bibliotecológica de las últimas décadas, el Buenos Aires de los años 20 presenta una fuerte actividad comercial que gira alrededor del mercado del libro y se intensifica con el impulso cultural del gobierno de Rivadavia. En 1829 la ciudad cuenta con algunas imprentas locales y ocho librerías importantes, que se dedican a la importación de libros y periódicos extranjeros escritos en distintos idiomas, sobre todo inglés y francés, así como a la divulgación de impresos nacionales: discursos, biografías, libros de educación para las escuelas, obras teatrales, poemarios (entre las más prestigiosas: *La lira argentina, o colección de las piezas poéticas dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de su independencia*, Buenos Aires, 1824 y las piezas teatrales de Juan Cruz Varela: *Argia: tragedia en cinco actos*, Buenos Aires, 1824). Obras de todo tipo - filosóficas, literarias, religiosas, geográficas, legales - engrosan los estantes de las librerías porteñas y los catálogos de los importadores que trabajan por encargo o de las casas de remates y de canjes que no son pocas para la época. Libros y periódicos son mercancía corriente y encuentran su lugar en las tiendas, los almacenes, las pulperías, las fondas, las mercerías, tanto como en las librerías y las bibliotecas.

Ya desde fines del siglo XVIII los autores de la ilustración integran la biblioteca particular de cualquier lector culto que se precie. Pero a comienzos de los años 20 Montesquieu, Voltaire, D'Alembert conviven en las bibliotecas privadas con los clásicos españoles y latinos, los libros de Historia francesa y europea (la *Historia de Napoleón* hace furor) y la llegada de los primeros autores románticos (Rousseau y Staël, entre los más ofrecidos). El afán coleccionista de algunos lectores "cultos" forma por entonces las bibliotecas más notables de la primera mitad del siglo: la de Saturnino Seguro, Pedro De Angelis, Eduardo Lahitte, la de Manuel Moreno, Dalmacio Vélez Sarfield, Antonio Zinny, la de Santiago Viola, entre otras. Pero uno de los datos quizá más interesantes que surge de la bibliografía sobre el tema es la presencia temprana de bibliotecas circulantes que se dedican al préstamo domiciliario y también a la venta de libros. Bastante tiempo antes de la apertura del local de Marcos Sastre, en setiembre de 1826 *The British Packet* y *La Gaceta Mercantil* publican en inglés un aviso, ofreciendo los servicios de la biblioteca de Enrique Hervé: "Por dos obras a la vez \$ 20 por año. Por una obra a la vez \$ 12 por año", indica la publicidad. Hervé promete títulos en inglés, francés y español. Si bien los anuncios se dirigen claramente a los lectores cultos y capaces de leer en otros idiomas, la presencia de ésta y otras actividades mercantiles y privadas relacionadas con el comercio de libros y lecturas ponen de relieve la existencia de un público

considerablemente extendido que, como ha señalado Jorge Myers, facilitaría a su turno la recepción de la literatura romántica<sup>8</sup>.

Podría agregarse, no obstante, que con la llegada del rosismo la ampliación de ese público se resiente. En parte debido a la censura de libros y periódicos que disminuyen considerablemente hacia mediados y, más aún, a fines de los años 30, al restringirse la libertad de prensa. Y también porque la baja en el presupuesto educativo de las escuelas públicas reduce las expectativas de un índice creciente de alfabetización (si bien no lo empeora, ya que la educación privada suple y compensa la labor que ejercía el Estado en este terreno. Volveremos más tarde sobre esta cuestión). En este momento "decrece ostensiblemente la publicidad librera en los periódicos", afirma Sabor Riera (1974: 107). Al mismo tiempo, las publicaciones nacionales de libros son escasas y en su mayoría de carácter didáctico más que literario. Aunque entre estas últimas sobresalen algunas excepciones notables e influyentes en el público: me refiero a los escritos de Echeverría (*Los Consuelos*, 1834; *Rimas*, 1837 y la segunda edición de *Los Consuelos* en 1842, Imprenta Argentina) o la publicación del *Fragmento preliminar de estudio del derecho* de Alberdi (1837, imprenta Arzac).

Como vemos, la lectura forma parte de los hábitos urbanos porteños de un sector sociocultural considerablemente inquieto en las primeras décadas del siglo pero se diría también que durante el rosismo, quienes consumen los clásicos latinos y españoles y/o las novedades románticas constituyen en Buenos Aires un *público silencioso* o más bien, *silenciado* aunque *latente* durante estos años, que resurge y responde favorablemente a la eclosión periodística desatada tras la caída de Rosas. En este sentido, puede ser útil contraponer la perspectiva de dos extranjeros, uno viajero, el otro residente en Buenos Aires, hacia mediados de siglo:

*"En Buenos Aires, apenas si puede pronunciarse en las librerías el nombre de un autor proscripto, o el título de una obra prohibida. Por miedo de comprometerse, los libreros no tienen siquiera una obra de geografía o estadística relativa al país. En balde traté de procurarme el libro de M. Woodbine-Parish [sic], y solamente después de burlar en varias librerías, pude completar el Ensayo Histórico del Dean Fuertes, en tres volúmenes, completamente inofensivo" (Marmier, citado por Sabor Riera, 1974: 110).*

Es esta la visión de Xavier Marmier, un viajero francés que hacia 1850 se queja así de la carencia de publicaciones nacionales en el Plata y mide a través de la cultura y la literatura de un país joven, su estado de progreso general. En sintonía con éste, el otro testimonio lo ofrece un librero español de amplia experiencia en la actividad comercial porteña, el cual enfoca la avidez del público urbano más allá de las censuras y nos confirma que *lo que sí se sigue consumiendo* sin mayores dificultades y sin el menor esfuerzo por parte de los lectores durante estos años y también después de Caseros son, precisamente, esas novelas populares tan desdenadas por los jóvenes redactores de *La Moda*.

<sup>8</sup> Jorge Myers, "La cultura literaria del periodo rivadaviano: saber ilustrado y discurso republicano", en Fernando Alata y Lia Munilla Lacasa (eds.), *Carlo Zucchi en Buenos Aires*. Instituto de cultura italiana y Eudeba, Buenos Aires, 1997.

*"Había pedido a Sevilla 20,000 tomos de una colección de novelitas que allí se habían publicado a un real el tomo. Llegaron estas novelas durante el sitio y cuando no se vendía nada de nada; pero apenas anuncié esta colección de novelas a tres pesos el tomo, cosa desconocida por su baratura, el público se apresuró a comprar, y particularmente los guardias nacionales que estaban en los cantones. En tres meses vendí casi los 20.000 tomos, ganando en ellos como 2 000 duros, con los que pude reponer algo mi crédito, que estaba muy próximo a fracasar"* (Hortelano, 1936).

No sabemos exactamente cuál es la franja de la población que consume estas novelas baratas ( es decir, si los lectores y las lectoras ilustrados/as se sustraen realmente a su encanto) pero sí que el género romance (tanto como el precio de los libros) ejerce un atractivo poderoso, a veces irresistible, entre los lectores porteños y probablemente más aún entre las lectoras de la época. Al respecto, resulta ilustrativa la imagen que Jorge Myers rescata del libro de otro viajero de los años 20 en Buenos Aires. Se trata esta vez de un inglés: Henry Brackenridge, quien asegura haber visto a la esposa de Félix Ignacio Frías leyendo la *Pamela* de Samuel Richardson, cuando visitó la casa del matrimonio. Como lo demuestra ese ejemplo, las mujeres de clase alta que han recibido una educación privilegiada y participan desde el ámbito doméstico de la sociabilidad cultural y literaria de la época, con frecuencia consumen los libros de la biblioteca privada del esposo y los que se ofrecen en los catálogos de ventas de las librerías. Entre ellos especialmente las novelas, que ejercen un particular atractivo entre el público femenino, ya sea americano o europeo, a lo largo del siglo XIX (y en Francia, sobre todo, desde el XVIII). En sus páginas es posible experimentar todo tipo de emociones y aventuras o adquirir conocimientos tan bien muy variados, a los que no resulta tan fácil llegar de otra manera.

Aunque moralicen como las de Richardson (y no siempre lo hacen), las novelas hablan con frecuencia de amor. Y en esa promesa tácita consiste gran parte de su encanto. Los jóvenes redactores de *La Moda* lo saben bien pero esperan que la lectura selectiva de *cierto tipo de novelas* (las románticas, las históricas) despierte en el público nuevas emociones: *el amor a la patria y el sentimiento nacional*. Su intención no es entonces erradicar el género (un género que recién ha comenzado a florecer en América: durante la colonia y hasta comienzos del XIX la literatura en general y la novela en particular estuvieron prohibidas) sino más bien circunscribir su objeto o sus recursos, haciéndolos jugar a su favor. Si Walter Scott y Victor Hugo desde *La Moda* se erigen como modelos de lectura popular es porque además de entretener a los lectores, este tipo de literatura tiene la virtud de sumergirlos en el aprendizaje de la historia y la memoria (en lo posible crítica) del pasado, a través de la ficción romántica. En esto la generación del 37 toca un viejo asunto: la relación (a veces conflictiva o antagónica) entre *historia y novela*.

Yendo bien hacia atrás -como propone Linda Kerber en *Women of the Republic*- ya en 1871 el filósofo inglés David Hume oponía ambas disciplinas y sugería el estudio de la historia para ambos sexos, mientras se expresaba contra la "falsa representación de la humanidad" en las novelas y recomendaba a las mujeres "satisfacer su pasión por la intriga *con tramas reales en lugar de ficciones*" (Kerber, 1986: 246). La formulación resulta más que elocuente: la historia aparece siempre

---

como un relato que, bien contado, puede atrapar a los lectores y lectoras de todo tipo, ya sea que se narre como una novela (lo cual Hume descarta para las mujeres) o bajo cualquier otra forma discursiva. Tal vez por eso, es decir porque la historia propiamente dicha goza del prestigio de la ciencia y bajo los trazos de un buen narrador logra a menudo capturar la gracia o el encanto de un relato ameno, es que ya durante los años 20 en Buenos Aires los libros de historia figuran entre los más leídos. En todo caso, más tarde la novedad será renovar el formato (el género) bajo el cual es presentada la historia a los lectores. Entonces la relación con las novelas se estrecha y ellas aparecen también como una alternativa válida para los románticos argentinos.

No obstante, la oposición exaltada por Hume sigue vigente y se reitera, bajo nuevas consideraciones, en muchos otros momentos, ámbitos y entre protagonistas diversos de la vida cultural europea o americana, desde fines del siglo XVIII y a lo largo del XIX. La encontramos por ejemplo, en la conocida polémica entre Wallstonecraft y Rousseau, cuando al criticar el rol de Sofía en el *Emilio*, la escritora inglesa se pronuncia contra el "sentimentalismo" de las novelas que atrofian la "razón" de las mujeres y atentan sobre la moral individual y la vida de la república. O bien la oposición vuelve a hacerse presente también en los comienzos de la democracia norteamericana. Como lo demuestra Linda Kerber, desde entonces y a lo largo del siglo XIX la impugnación al género abre debates y polémicas en el escenario de la cultura norteamericana, bajo el argumento de que las novelas pueden corromper la moral femenina alejando a las mujeres de sus obligaciones hogareñas, donde debe concentrarse su aporte concreto a la vida republicana. Kerber resume así la opinión de quienes encuentran en el romance un elemento peligroso para las lectoras: "La República no necesitó mujeres emocionales que podrían ser manipuladas por los hombres para su propia gratificación o que llevarían a los hombres fuera del camino de la virtud" (: 245).

Con la discusión acerca de la legitimidad del género se presenta también otra oposición interesante: la que enfrenta el modelo de la "mujer romana" (que encarna el ideal de la "virtud cívica") con la "romántica" (susceptible a la "pasión" y la emotividad). La distinción entre una y otra es importante porque, como veremos luego con más detenimiento, esta confrontación propuesta por Kerber para señalar los dos modelos de mujer republicana que afloran a raíz de las polémicas sobre la novela en la cultura norteamericana sirve también para explicar los vaivenes y contradicciones que se presentan en el discurso, el imaginario y las propuestas concretas acerca de la función social de las mujeres en la Argentina de la primera mitad del siglo XIX. Se diría que los intelectuales coinciden en apuntalar la necesidad de que ellas sean preparadas para la vida de la república pero las dificultades (y las diferencias) surgen al intentar establecer cuáles son los valores y los hábitos que deben modelar a la mujer republicana. En torno a este asunto que abre reflexiones, dudas, consideraciones de diversa índole se juegan los parecidos pero sobre todo las diferencias entre las propuestas de Alberdi, Sarmiento y otros protagonistas que hacen oír su voz en las páginas de *La Moda* y después en la prensa del exilio.

Pero concentrándonos por ahora estrictamente en los debates sobre la novela, digamos que ni siquiera en Estados Unidos el esfuerzo de sus detractores logra minar su atractivo. Por el contrario, el auge de las novelas sigue su curso y resiste todas las

recomendaciones. Según Kerber, los autores elaboran algunas estrategias de sobrevivencia: enmascararían las novelas como "historia verdadera" (cuentan por ejemplo la historia de la vida de una joven que "realmente" existió), tratando de adquirir así "la respetabilidad de la historia y el encanto de la ficción: esto permitió criticar la ficción al mismo tiempo que se capitalizó el gusto por el romance" (: 248), agrega Kerber, quien justifica de este modo la permisividad con que circularon entre las lectoras norteamericanas de comienzos de siglo algunas novelas populares como la *Clarissa* de Samuel Richardson (lo cual tal vez podría servir también de explicación para la lectura de la esposa de Frías). De cualquier modo, hay que recordar que también en los orígenes de la república norteamericana, la Historia (y no la novela) se presenta como la lectura ideal y la más recomendable para las mujeres.

En el Buenos Aires de los años 30 y 40 son esas mismas preocupaciones las que asaltan a los jóvenes cuando consideran la necesidad de educar a las mujeres a través de los libros. Pero sus recursos y estrategias para introducir la novela como una lectura aceptable no son idénticos. Al menos durante este período la crítica a las novelas no se produce en el interior mismo del género sino que se concentra, cuando emerge, en el espacio del ensayo y la crónica periodística, a través de apreciaciones acotadas como las de *La Moda*. Habrá que esperar al 80, cuando la novela nacional (y popular) comience a encontrar sus grandes autores (y a sus lectores) para que despierte también una fuerte oleada de críticos que se levantan contra la inmoralidad de cierto tipo de folletines (el moreirismo constituye el ejemplo más elocuente en la tradición nacional) y para que el género represente en su interior ese peligro<sup>9</sup>.

Para la mayoría de los jóvenes románticos de mediados de siglo, las novelas de los grandes escritores europeos que saben hablar de amor y narrar con emoción las gestas del pasado constituyen más bien una promesa, la ilusión de que es posible ilustrar a las mujeres a través de la literatura y hacerlas partícipes de los ideales románticos. Enseñar la historia a través de las novelas surge así como un recurso válido y atractivo, ideal para formar al público en el sentimiento nacional y la sensibilidad literaria. Entonces no sólo Walter Scott y Víctor Hugo formarían parte de la literatura recomendada para las lectoras sino que los escritores (y poco después también las escritoras) comenzarían a escribir sus propios folletines. Entre sus páginas el pasado colonial y, mejor aún, el pasado reciente de la revolución e incluso el "presente" contado como "pasado" (y es este el caso de *Amalia* de Mármol) se ofrecen al público en general y a las lectoras en particular bajo la forma de un romance histórico<sup>10</sup>. No es casual, en este sentido, que las novelas argentinas de la

<sup>9</sup> En este último caso, uno de los mejores ejemplos lo encontramos en *Inocentes y culpables* de Antonio Argenti, donde la protagonista, una joven inmigrante que reside en Buenos Aires, sufre en carne propia todos los efectos de una aventura bovariana.

<sup>10</sup> Sobre la cuestión presente-pasado en *Amalia* puede consultarse Laera, Alejandra, "El ángel y el diablo. Ficción y política en *Amalia*", en: *Letras y Dividas*. Eudeba, Buenos Aires, 1998.

primera mitad del siglo XIX lleven por título el nombre o la referencia a una mujer: *Amalia*, *Soledad*, *La novia del bereje* (más tarde también los relatos y nouvelles de las escritoras: "La hija del mazhorquero", "La novia del muerto") le hacen un guiño a las lectoras desde la mitad baja del diario donde salen publicados los folletines o desde la solapa de los libros. Así se explica por ejemplo que todavía en 1876 un semanario para mujeres (*La Ondina del Plata*) siga recomendando la novela de Mármol como ejemplo de buena literatura nacional y la proponga a las lectoras, pese a que la considera una "novela política".

### Instrucción y felicidad. La lectora romántica

Abocado a establecer los lineamientos generales y los caminos más directos para poner en movimiento la república, en 1852 Alberdi expresa en una suerte de fórmula drástica el destino de la instrucción femenina: "queremos señoras y no artistas", asegura en las *Bases*. Tras el exilio se imponen las actuaciones prácticas. Definitivamente, ya no hay tiempo para la consideración filosófica de asuntos referidos a la ampliación de los derechos de la mujer en el futuro, cuestión que se asomaba al menos rápidamente en algunos de sus escritos anteriores. De modo que si bien en las *Bases* Alberdi no duda en alentar la alfabetización de las mujeres (como sí parece hacerlo con los hombres), subraya en cambio la necesidad de circunscribirla a una funcionalidad *estrictamente* doméstica. Entonces las ilusiones se acotan y Alberdi se aleja cada vez más de las expectativas y las idealizaciones que avizoraban, en 1838, los otros interlocutores de *La Moda*.

Para Jacinto Peña, por ejemplo, y como veremos también para otros colaboradores de la prensa del exilio, la instrucción femenina emerge como una panacea general, una ilusión que abre el camino a la completa felicidad. Apelando a las lectoras del semanario, Peña exhorta en estos términos a las mujeres argentinas:

*"Deje de considerar el saber ajeno a ella- la instrucción es el verdadero camino de la virtud, con la instrucción se aprende a amar, a adorar a Dios, a bendecirlo en sí y en sus maravillosas obras. Solo así llegará a la altura del hombre, sólo así podrá unirse indisolublemente a él, formando una sola alma, ese uno en dos tiernamente unidos y digno uno del otro" (Peña: 1838).*

Para Peña la instrucción no sólo enseña el camino de la virtud cívica, regula los intereses de la economía hogareña y fortalece la república sino que articula el ideal del amor romántico, que emerge como resultado de una mujer formada en una nueva sensibilidad. De hecho, aunque las páginas de *La Moda* dejan claro que sus colaboradores no pretenden impulsar la emancipación femenina ("ya bastante emancipadas están" afirma allí Alberdi haciendo referencia a este aspecto indeseable de la ideología sansimoniana), el semanario intenta para las lectoras una rápida e intensa zambullida en la cultura romántica: aprender la sutileza de una visita de improviso y sin etiquetas, la gracia de una conversación mechada de alusiones literarias o el encanto de vestir un cuello a lo Byron, por ejemplo, son algunos de los consejos que prometen enriquecer la vida privada de los individuos y tornarlos más felices.

Como han señalado Cristina Iglesia y Liliana Zuccotti, *La Moda* intenta sobre todo imponer nuevos códigos, una nueva serie de significantes capaces de operar en diversos niveles de la vida cotidiana<sup>11</sup>. El tono amable de los consejos y recomendaciones sobre cómo ejercitar la moda romántica contrasta en parte pero también compensa el espíritu fuertemente prescriptivo del semanario, que se ofrece a las lectoras porteñas como esa suerte de *manual de conducta* donde se les explica cómo actuar en sociedad: cuál debe ser la moral, las maneras y hasta los deseos que deben orientar sus comportamientos.

Así concebida por los redactores, la lectura femenina parece haber quedado lejos de la libertad y el placer exaltados por Alberdi y los románticos cuando evocan su propia relación con los libros. Tal como se la proyecta desde las páginas de *La Moda*, ella funciona más bien como un espejo donde mirarse y descubrir los defectos, los vicios, las debilidades de la sociedad en general y de las mujeres en particular. Desde luego, esta clase de lectura no propicia el despertar de la creatividad y mucho menos de la imaginación sino que se proyecta como una instancia puramente educativa, moldeada por la presencia tácita de uno o varios censores que discriminan lo bueno de lo malo y deciden cuál es el provecho que las lectoras deben sacar del semanario. (Veremos luego que desde sus escritos chilenos y bajo otros recursos, también Sarmiento apela a las mujeres a través del discurso de la moda).

Pero contrapesando esta pulsión utilitaria y didáctica, puede decirse que el texto de Peña vislumbra también una ilusión latente en las páginas de *La Moda* y retomada fuertemente en la prensa y las ficciones del exilio: se trata de la figura emergente de la *lectora romántica*. Imbuída de los ideales de los jóvenes, ella comparte su mundo y sus anhelos públicos y privados: el gusto por los libros, el ideal de la familia ilustrada y el amor a la patria. En las páginas de *El Iniciador* esta lectora se asoma por ejemplo al pie de una columna firmada por Miguel Cané, donde se hace referencia a *Laparisina* de Lord Byron, recientemente traducida al español por Henrique de Vedia y Gossens, quien precisamente dedica a su esposa la versión castellana del poema. O bien en un texto de Félix Frías, donde la reflexión sobre el amor remite por igual a la patria y a la mujer amada, dibujando entre ambos el arco de unión que proyecta la nueva moral republicana: "también la Patria es de las mujeres, la Libertad es de ellas (...). La misión del hombre se completa con el apoyo de la mujer", expresa Félix Frías en el *El Iniciador* (Frías, 1941: 201). Este ideal del amor romántico está directamente unido a la figura de una *mujer nueva*: una lectora formada en el credo de los jóvenes, comprometida como ellos en la causa revolucionaria y (como lo demuestran también las ficciones de la época) capaz de involucrarse personalmente en la lucha conspirativa y facciosa si fuera necesario.

Por eso ni el amor ni el matrimonio son temas ajenos o menores en la prensa del exilio: una mujer bien educada sabrá distinguir mejor al hombre adecuado para ella, eligiendo por amor y no por interés al que será su marido. *La Moda* se declara

<sup>11</sup> Iglesia, Cristina y Zuccotti, Liliana, "El estilo democrático: último grito de la moda", en *Mora*. Revista del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, n. 3, agosto de 1997.

en contra de lo que denomina el "casamiento mercenario"<sup>12</sup>, es decir, un compromiso arreglado por el padre de familia según las conveniencias económicas y de clase. Contra esto, el modelo romántico establece el amor y la comprensión intelectual como condición de la moral privada y la felicidad pública. Es en este marco que la figura de la lectora emerge como el signo más claro y nítido de la familia deseada e imaginada por los jóvenes.

La lectora romántica avizora una mujer capacitada para dialogar de igual a igual con su esposo y para educar a los hijos como ciudadanos de una república libre y democrática. Una mujer, como propone en *El Iniciador* otro artículo de Cané (p.) citando a Lando, que "en vez de ser causa y objeto de pasiones puramente egoístas, salga a trabajar como el hombre por la civilización, por la humanidad, por la patria", que sea capaz "de ceñir la espada" al esposo antes de salir al combate o de premiar sus virtudes con un beso (Cané, 1941: 102). En esa disyuntiva que iguala dos roles muy disímiles (el de la mujer valerosa y combativa con el del ángel del hogar) se asienta la novedad de la figura femenina tal como la conciben los jóvenes. Es precisamente esa flexibilidad para adaptarse y pasar de uno a otro rol lo que distingue a la lectora romántica y a la vez la diferencia del público imaginado (y deseado) por los semanarios para mujeres de los años 20, que si bien defendían la instrucción femenina como un recurso necesario para la civilización y el progreso, dejaban siempre muy en claro que su compromiso y su quehacer se limitaban exclusivamente a la vida familiar. Pero como advierte Frías y confirma Cané, entre los románticos argentinos de mediados de siglo, la mujer tiene una *misión* que desempeñar en la vida social y política. Una misión que, como también ellos reconocen, debe ejercerse *en principio* dentro del hogar pero que puede exceder concretamente su reducto si la ocasión lo amerita.

No obstante, el riesgo de este ideal ilustrado y romántico que se manifiesta en la prensa y como veremos luego también en las ficciones de la época es que ellas se involucren demasiado en los avatares de la política y que su compromiso ponga en peligro la felicidad e, incluso, la supervivencia personal. Es éste el otro dilema que se plantean los románticos frente a la coyuntura del rosismo y que condiciona permanentemente las reflexiones sobre la función y los límites de la educación o la emancipación femenina. Dicho de otro modo, el dilema puede sintetizarse en estos términos: es preciso ilustrar a las mujeres para situarse frente al mundo como una nación civilizada pero en un período de luchas y enfrentamientos políticos severos, donde se arriesga a cada momento la vida o el destierro, esa ilustración puede ser fatal para aquéllos y aquéllas que la detentan.

---

<sup>12</sup> "Al bello sexo", *La Moda*, Buenos Aires, enero 13 de 1838.



## Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista, "Reglas de urbanidad para una visita", *La Moda*, Buenos Aires, 2 de diciembre de 1837.
- "Retrato moral de una niña", *La Moda*, Buenos Aires, 6 de enero de 1838.
- "Predicar en desiertos", *La Moda*, Buenos Aires, 10 de marzo de 1838.
- "Un papel popular", *La Moda*, Buenos Aires, 17 de marzo de 1838.
- "Importancia del trabajo intelectual", en *La Moda*, n. 19, 24 de marzo de 1838.
- *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Buenos Aires, Ciudad argentina, 1998.
- Cané, Miguel, "Educación", *El Iniciador*. (1941) Reproducción facsimilar. Academia Nacional de la Historia, Guillermo Kraft Ltda. Buenos Aires, p. 102.
- Frías, Félix, "El amor", *El Iniciador*. (1941) Reproducción facsimilar. Academia Nacional de Historia, Guillermo Kraft Ltda., Buenos Aires.
- Garrels, Elizabeth, "Sarmiento and the woman question: from 1839 to the *Facundo*", en Tulio Halperin Donghi, Iván Jaksic, Gwen Kirkpatrick, Francine Masiello (1994), *Sarmiento, Author of a nation*, Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press.
- Hortelano, Benito, (1926) *Memorias*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Iglesia, Cristina y Zucotti, Lilianna, (1997) "El estilo democrático: último grito de la moda", en *Mora*. Revista del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, n. 3.
- Kerber, Linda, (1986) *Women of the Republic*, New York, London, W.W. Norton and Company.
- Marmier, Xavier, (1948) *Buenos Aires y Montevideo en 1850*, traducción, prólogo y notas de José Luis Busaniche, Buenos Aires, El Ateneo, p. 114.
- Miers, Jorge, (1997) "La cultura literaria del período rivadaviano: saber ilustrado y discurso republicano", en Fernando Aliata ed., *Carlos María Suquí en Buenos Aires*. Instituto de cultura italiana y Eudeba. Buenos Aires.
- Parada, Alejandro E., (1998) *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia. Una aproximación a través de los avuses de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*, Universidad de Buenos Aires- Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Buenos Aires.
- Peña, Jacinto, "Moda de señoras" en *La moda*, Buenos Aires, 16 de diciembre de 1837

Prieto, Adolfo, "Sarmiento: casting the reader, 1839-1845", Tulo Halperin Donghi- Iván Jaksic-Gewn Kirkpatrick-Francine Masiello, *Sarmiento. Author of a Nation*, Berkeley-Los Angeles - London, University of California Press, pp. 260-271.

Sabor Riera, María Angeles, (1974) *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX. Parte 1- 1810-1852*, Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia Chaco, p. 107.

Sarmiento, Domingo, F., (1913) "La mujer y la civilización", *Mercurio*, 22, 23 y 24 de agosto de 1841, incluido más tarde en el volumen XII de las *Obras Completas* (ed. Belin Sarmiento), Buenos Aires, Librería "La Facultad" de Juan Roldán, p. 114-8.

